

ISSN 2011 - 9763

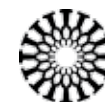
\$ 10.000 pesos



# pdcc

**papel de colgadura**  
vademécum gráfico y cultural

**Vol.9**



UNIVERSIDAD  
**ICESI**

# VORRNN COLLN

SEÑALES ACÚSTICAS EN LA INDIA

# Notas de viaje

Delhi, junio 26

Además de todo lo excitante y novedoso que puede resultar para un occidental visitar la India, no deja de ser curioso advertir, en el trayecto desde el aeropuerto hasta la capital, que la mayoría de camiones y buses en su parte trasera presentan un letrero decorado que reza: “blow horn” o “please horn”. La llegada a Delhi puede ser tan impactante que tal detalle parece una nimiedad al lado de imágenes más impresionantes como vacas abriéndose paso entre la gente o cientos de personas semidesnudas durmiendo en los techos planos de las casas para soportar los más de 45 grados estivales. Sin embargo, el mensaje que invita a hacer sonar la bocina adquirirá más sentido a medida que se va conociendo algo de esta cultura milenaria.

Bien sabido es el alto nivel de estimulación acústica a que los habitantes de las grandes ciudades indias están sometidos. Y no es que en occidente vivamos en un edén silencioso; sólo que tenemos cierto pudor al oficializar el ruido por lo que, en el papel, está prohibido contribuir a la polución sonora con los pitos de los vehículos. No obstante, la analogía con el bullicio y desorden del centro de cualquier ciudad colombiana es obligatoria. Aunque en la



India nos superan por mucho, es un país donde todo se vive con una intensidad monumental. Además del letrero que incita a usar la bocina, los dos espejos laterales de los automóviles también son motivo de curiosidad ya que en su mayoría permanecen recogidos completamente, proporcionando un nulo servicio en un menester tan necesario como observar los otros automotores, *rickshaws* (motocarros), bicicletas, coches y motos que aparecen de repente por todos lados. La razón para retraerlos, en palabras de Beelú nuestro conductor y compañero de travesía, es que son un estorbo y si se dejan abiertos serán arrancados tarde o temprano por los otros vehículos que pasan a centímetros. ¡Qué mejor manera de conducir

que *por oído!* Más vale escuchar un bocinazo que mirar el espejo. No sería muy exagerado decir que allí cuenta más un conductor ciego que uno sordo.

Agra, junio 29

Se entiende después de unos minutos aterradoros transitando por la carretera con destino al obligatorio Taj Mahal, que para las salvajes y zigzagueantes travesías de Beelú y sus colegas, son necesarias las señales acústicas para no colisionar estrepitosamente. No es extraño, incluso en carretera y en la noche, circular por el carril contrario con las luces apagadas para no encandilar a los otros, eso sí anunciando



vehementemente con el claxon la comprometida ubicación, para evitar sorprender al posible automóvil que venga de frente. Una experiencia espeluznante, si se tiene en cuenta que uno cree que esta vida es única y que quien conduce confía en que, una vez muerto, su alma prosigue a través de sucesivas reencarnaciones. Para Beelú, mi reflexión no tenía sentido y poco alteró su temeraria manera de conducir.

El sistema de anunciarse con sonidos no sólo es asunto de automóviles. Es normal en pleno centro urbano escuchar un agudo ulular como de pájaro salvaje. Al girar tras el graznido veremos que no es ningún *gyps indicus* acechando a su presa: se trata de un niño que raudo se abre paso entre la multitud con su bicicleta y que imita a la perfección la voz animal. Definitivamente, un llamado más contundente que el afeminado timbre, pues las frecuencias del curioso chillido se procuran un nicho entre el ruidoso espectro de la urbe. Como recuerda Barthes, no hay ningún sentido que el hombre no tenga en común con los animales, pero en el desarrollo filogenético se han ido jerarquizando hasta que algunos adquirieron mayor agudeza. En el caso de la tierra de Ghandi, la escucha sigue muy ligada a esa primaria alerta que aseguraba supervivencia. Por ejemplo, los vendedores ambulantes, e incluso los más formales, que son cientos de miles, hablan muchos idiomas, tienen la capacidad de ofrecer en diferentes lenguas un elefante tallado, una camisa, un *sari* o un collar con suficiente claridad.

Además su sentido de la escucha está tan desarrollado que con unas cuantas palabras del turista ya saben si deben abordarlo en italiano, alemán o castellano. Y no es que hayan asistido a las mejores escuelas de idiomas: lo han aprendido en las calles tratando de vender. Es cuestión de supervivencia, cuestión de oído.

Con todo, la supervivencia no es el único atributo de lo sonoro en tierras asiáticas. Se dice que el famoso mantra *Om* fue el primer sonido salido de la boca del creador y es símbolo de la totalidad de sonoridades que se pueden producir. Está constituido, en primera instancia, por una vocal que resuena sin necesidad de tocar la lengua o el paladar, y en última instancia por la “m”, fonema que se produce con los labios cerrados. Entre estos dos sonidos existen todos los otros. Tal delicadeza simbólica se extiende a lo musical a través de un gran refinamiento tonal. En occidente la octava de la escala diatónica se compone de 7 sonidos (do, re, mi, fa, sol, la, si) que con sus tonos intermedios (sostenidos o bemoles) completaría un grupo de 12 sonidos. En la India, la octava está dividida en 22 intervalos llamados “shrutis”, todos ellos con nombre. Por ejemplo, el primero, *Ksobhini* (261.6256 Hz), luego *Tivra* (275.6220 Hz), y así hasta *Ugra* (496.6798 Hz), el vigésimo segundo. Esta subdivisión microtonal requiere de un oído más fino, pues el músico debe distinguir entre muchas más notas. Son estos mismos sonidos salidos del *pungi*, la flauta del encantador, los que escucha la cobra antes de salir de su canasto.





## Pushkar, julio 3

Hoy día las bodas indias tienen gran fama, las películas se han encargado de ello resaltando especialmente el colorido y los grandes banquetes, todo salpicado de bailes “Bollywood”. Sin embargo, hay más que eso. Las posibilidades de ser invitado al agasajo matrimonial, si no se

es allegado, son menores que las de ver un tigre o que un brahmán no te exija rupias por una oración. Pero con algo de suerte puede que se celebre una boda por donde uno está. Sería un desperdicio perderse los actos públicos previos al sacramento, pues el vestuario de las damas es un espectáculo, al igual que la peregrinación por las calles. La celebración es tan importante que los invitados llegarán, incluso de muy lejos,

transportándose como haga falta, luciendo sus mejores saris. Pero ¿cómo darse cuenta de que hay una boda cerca? Escuchando.

Antes de la ceremonia propiamente dicha, hay varios actos previos al matrimonio. Uno de los primeros es el *sangit*, fiesta de música exclusiva para las mujeres que cantan y bailan toda la noche. Aunque es algo privado, no hay celo ni reserva, al menos así percibimos los curiosos que desde la calle mirábamos al interior del recinto de reunión para ver divertirse al grupo de féminas. Se dice que las letras de los cantos bromean sobre las familias de los novios y la noche de bodas. Al mismo tiempo del baile y los cantos, las mujeres se adornan manos y pies con jena, mientras, la novia es aconsejada sobre lo que le espera.

No lejos de allí los hombres también tienen su fiesta. Según vimos, el novio emprende una procesión a caballo con sus mejores atavíos, sus amigos le siguen al compás de la música de moda que resuena desde un decorado equipo de sonido ambulante con planta eléctrica propia. Algo así como el “picó” (*pick up*) de nuestra costa caribe. Alrededor, los curiosos miramos el desfile, algunos se unen, pues el séquito avanza lentamente con paradas para bailar. La última estación es el lugar de la ceremonia donde el novio espera a la prometida que llega tímida, casi triste. Sólo en este momento el sonido brilla por su ausencia, los novios presiden la fiesta desde sus tronos, pero según la tradición,



**NATRAJ** Guest House  
and  
**BIRD EYE** Restaurant

Bisleri

FLAMINGO



no deben hablar. El resto está en las películas o en *Travel Chanel*.

## Chandigarh, julio 8

En 1947 Pakistán se separó de India y la provincia de Punjab se repartió entre los dos países. Lahore, capital de la antigua región, quedó del lado pakistaní, por lo que el primer ministro indio, Nehru, propuso la construcción de una imponente ciudad que reflejara la modernidad del nuevo estado. El proyecto fue desarrollado por el arquitecto y urbanista Le Corbusier, quien dejó su impronta moderna con grandes avenidas y bloques de hormigón armado. La ciudad, *rara avis* del continente asiático, contrasta por su serenidad y orden, y aunque su periferia ha crecido de manera orgánica y espontánea como cualquier otro pueblo de la región, la parte original cuadrículada afecta a sus habitantes, que parecen más serenos y pausados. También es notoria la limpieza y el silencio, no se aprecian vacas en las anchas avenidas, ni tampoco turistas. En la agencia de viaje no entendían por qué alguien quería visitar Chandigarh existiendo tantos destinos más autóctonos. La mención de Le Corbusier poco dijo al funcionario que atónito buscaba el horario de los trenes. Con todo, la gastronomía *punjabi* sigue siendo una de las más representativas de la India, pues el famoso *tandoor*, horno cilíndrico de barro, pertenece a dicha región. Un ingrediente

***Se dice que la comida entra por los ojos y, eso en la India, es indudable: el colorido de la cúrcuma y los chiles, el rojo intenso del pollo tandoori, los dulces casi fosforescentes dan fe de ello. Sin embargo, también la escucha puede tener una participación en la gastronomía.***

fundamental, además de todas las especias, es el *ghee*, o mantequilla clarificada, que aporta cremosidad a los platos.

Se dice que la comida entra por los ojos y, eso en la India, es indudable: el colorido de la cúrcuma y los chiles, el rojo intenso del pollo *tandoori*, los dulces casi fosforescentes dan fe de ello. Sin embargo, también la escucha puede tener una participación en la gastronomía. Una salsa aceitosa servida al momento sobre el *balti*, recipiente de hierro precalentado, produce el *sizzle* o chisporroteo que une aroma y sonido en un instante mágico. Unas cuantas rebanadas de cebolla sobre las que descansan algunos trozos de pollo, son bañadas con mantequilla clarificada, la alta temperatura del recipiente rápidamente calienta la grasa que, en contacto con la cebolla, comienza a sonar. Un poco de jugo de limón aumentará el chisporroteo, prolongando el momento sonoro y el aroma.

Este pintoresco acto, quizá sin mucha pretensión inicial, parece provenir de Pakistán y dio origen a la comida Balti, una creación británica que ya es toda una institución en ciudades como Birmingham, donde los restaurantes,

llamados *Balti houses*, ofrecen la performance aroma-sonora con orgullo. Toma su nombre posiblemente del *balti*, recipiente de hierro, muy parecido al *wok* chino, donde se practica la técnica del *sizzle*. Hay que añadir que, aún con todas las exaltadas conversaciones y la música que suele animar los restaurantes indios, el sonido agudo de la salsa hirviendo se abre un espacio entre el bullicio y llama la atención de todos los presentes.

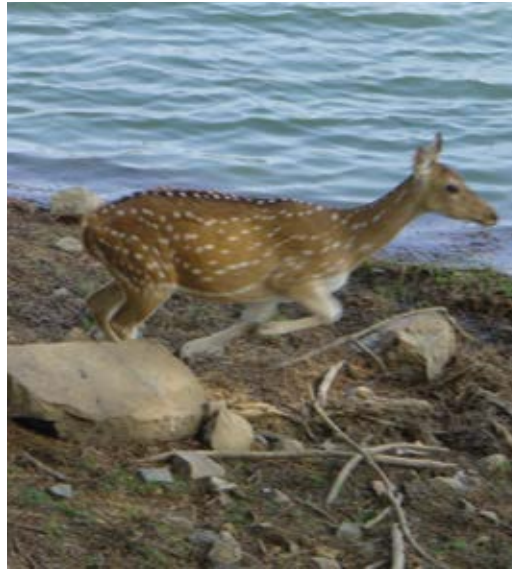
## Sawai Madhopur, junio 30

El parque nacional de Ranthanbore, en Rajastán, hace parte del Proyecto Tigre, una iniciativa que comenzó en 1973 con el fin de preservar los pocos tigres de Bengala sobrevivientes en el país. Después de una población aproximada de 40.000 en 1900, el censo oficial de 1972 arrojó una cifra escandalosa, sólo 1.827 felinos habitaban el país debido, en gran parte, a la *shikar* o caza indiscriminada. La reserva conserva ruinas del palacete en el que la Reina Isabel y sus invitados pasaban temporadas divirtiéndose con la escopeta.

La visita al parque es una experiencia gratificante, no sólo por la expectativa de ver tigres en su hábitat natural, sino por el paisaje y los otros animales como el sambar (un ciervo autóctono), los cocodrilos, los pavos salvajes o las 272 especies de aves registradas, algunas de las cuales se posan sobre uno sin el menor recelo. Allí los extraños somos los humanos, por lo que el vehículo debe detenerse en repetidas ocasiones para dejar pasar los animales residentes que van por su casa.

La natural ansiedad de internarse en la jungla asiática se acrecienta cuando los encargados del tour hacen firmar un documento eludiendo cualquier responsabilidad por posibles “accidentes” durante el paseo. Y es que el trayecto se realiza en unos carros totalmente descubiertos, algo que ya apuntaba la *Lonely Planet*: “sorprendentemente hasta ahora nadie ha sido atacado”. La anotación no era ni mucho menos tranquilizadora, pero uno siempre espera no ser el primero.

Se dice que en los 400 km<sup>2</sup> del parque habitan unos 35 tigres, lo cual indica que las probabilidades de toparse con alguno son inciertas. No obstante, los guías saben cuáles lugares suelen frecuentar y el recorrido se desenvuelve por tales rutas, sobre todo alrededor del lago donde acostumbran refrescarse. Esto no garantiza que en el par de horas que dura el safari uno salga con “trofeo”, así lo advierten los organizadores para que no haya reclamos por regresar sin haber visto raya alguna.



Esta vez parecía haber esperanzas, se comentaba que un grupo de felinos había sido avistado en la mañana por la zona, así que paciencia, era cuestión de rodear el sitio y esperar disfrutando de los otros animales. La clave, según lograba descifrar del inglés de nuestra guía, una joven nativa de la región, era “vornin colin”, misteriosas palabras que pronunciaba repetidamente.

Ya había pasado más de una hora recorriendo el parque cuando, de un momento a otro, los pavos se subieron apresurados a los árboles, un grupo de ciervos pasó corriendo a nuestro lado, a la orilla del lago se pudo ver al cocodrilo, que uno pensaría no teme a nada, saltando al agua e

internándose lago adentro, un coro de chillidos y bramidos acompañaba el súbito arrebato que había roto la tranquilidad de la jungla, nuestra guía se unía al coro gritando continuamente: ¡“Vornin colin”! Todos mirábamos expectantes a nuestro alrededor.

Efectivamente, tres tristes tigres se fueron acercando a la orilla del lago donde bebieron y se echaron a tomar el sol, y digo tristes no como recurso retórico, sino pensando que ha de ser un poco desconsolador que todo el mundo huya aterrado al sentir tu presencia. Caí en cuenta que el “vornin colin” debía ser un *warning*, una estridente llamada que todos los animales comparten y transmiten elevando sus voces para alertar sobre la presencia del más temido de sus congéneres y no terminar siendo su alimento. Cuestión de supervivencia, cuestión de oído.

---

Joaquín Llorca

Mucho antes de ser arquitecto, desde el mismo vientre materno, su oído era estimulado con lecturas sobre Sandokán, mientras sonaba Mozart para niños. Es una prueba viviente de los efectos nocivos de la estimulación temprana a través del sonido ya que en un periodo de su vida abandonó la arquitectura para dedicarse a la música. Actualmente ha abandonado las dos.

Fotos: Marisol Marín y Joaquín Llorca